

Luis Sihuacollo

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
 luis.sihuacollo@gmail.com
 Lima - Perú

Paitán Leonardo, Diego

EL OJO EN LA PALABRA. LA CRÍTICA DE ARTE DE TEÓFILO CASTILLO EN LA SERIE DE ENSAYOS “EN VIAJE. DEL RÍMAC AL PLATA” (1917-1918)

Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2019, 232 pp.

A finales de 1917, y con sesenta años de edad, el pintor y crítico de arte, Teófilo Castillo, recorrió las principales ciudades de cuatro países latinoamericanos y publicó sus impresiones en la revista limeña *Varietades*. Este viaje de casi cuatro meses lo llevó a meditar, en veintiséis ensayos, acerca de la naturaleza y los límites de la crítica artística que se ejercía en Perú, Bolivia, Chile y Argentina. Repensar ese tema fue uno de los hábitos de Castillo; en 1914 declaró, a propósito de una polémica con José Carlos Mariátegui, que “en ninguna parte como aquí [en Lima] la ignorancia tiene mayores audacias”, y en 1918 cuestionó las observaciones de Abraham Valdelomar sobre los orígenes de la caricatura peruana. Quizá sería más apropiado decir que no discutía: dictaminaba. Lo cierto es que algunos autores desestimaron el viaje de Castillo; otros lo han vindicado con pasión. ¿Qué importancia tuvo ese peculiar itinerario?, se preguntó Diego Paitán. Tal es el origen de las páginas que conforman este libro.

Pese al estilo vehemente y a las muchas hipérboles, *En viaje. Del Rímac al Plata* es “la primera muestra de crítica de arte realizada por un peruano sobre artistas sudamericanos, europeos y asiáticos”, según juzga Paitán. Dicha comprobación fue el resultado de un examen que abarcó los relatos de viajes y la crítica durante el siglo XIX en América Latina. De los primeros, destacan los juicios de Caldwell, Sartiges, Radiguet, Marcoy, Lastarria, Grez y Groussac; de los segundos, Martí, Darío y un puñado de peruanos, chilenos, argentinos y



bolivianos. La bibliografía probatoria es abundante, aunque echamos de menos el ensayo *Qué es la crítica de arte* del argentino Damián Bayón. Otro rasgo peculiar del libro es su forma deductiva, la cual se justifica por ser la reproducción casi integral de la tesis *La crítica de arte de Teófilo Castillo en la serie de ensayos "En viaje. Del Rímac al Plata (1917-1918)"*, presentada por el autor en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

En el tumulto de las formas que valoró Castillo, la pintura tuvo un lugar preeminente. Lo mismo cabe decir de la escultura, y aún de la arquitectura; no obstante, existen caracteres menos abrumadores, como la fotografía, la caricatura y las artes decorativas. Sus juicios le ganaron fama de "crítico demoleedor"; y es que consideró que la pintura virreinal de factura indígena era la obra de "copistas instruidos" que no alcanzaron originalidad. Paitán, que prefiere los epítetos "crítico-viajero" y "pintor-crítico", cree ver en esa conjetura una razonable constatación: Castillo abjuró de la concepción de sus contemporáneos y extendió su examen crítico hasta los ejemplares artísticos de otras épocas.

No menos importantes son sus ideas sobre los atributos que debe reunir un crítico de arte para serlo. Nos dice Paitán: "el juicio [para Castillo] se basa en una permanente observación". Y en un párrafo ulterior abrevia: "Aquella crítica que proviene de la exclusiva lectura de textos o de la retórica, no es válida". Castillo proclamó que el ojo debía educarse en el contacto directo con las obras y se afaná sobremanera en cumplir tal precepto. Nos es lícito pensar que el viaje hasta La Plata no fue más que la legitimación pública de su propia figura, es decir, un acto político. En buena cuenta, su personalidad ejerció un notable influjo en la vida cultural de Lima, en la creación de la Escuela Nacional de Bellas Artes y en la normalización de la crítica como disciplina en el Perú. Todo esto hacia 1918. La historia posterior es conocida: un altercado con Daniel Hernández motivó su autoexilio a Tucumán, Argentina, donde fundó la revista *Sol y Nieve*, y falleció al cabo de unos años.

Castillo vindicó la crítica de arte, condenó el diletantismo, alabó la imaginación de los artistas fundadores, abominó de la mediocridad de su tiempo, ponderó la protección del patrimonio, fungió de tasador de obras y anheló un panorama cultural más prominente. Este primer libro de Diego Paitán, al margen de los galicismos y de algunas imprecisiones (ubica equívocamente a Vasari en el siglo XVII), ha exhumado con justicia las observaciones de Teófilo Castillo. Otros recorrieron esas páginas buscando maravillas; Paitán lo hace buscando una justificación. Por suerte, ambas motivaciones no lograrán vulnerar la fortuna de Castillo.